



EL LEGADO LITERARIO DE GABRIELA MISTRAL EN EL ARCHIVO DEL ESCRITOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

**Por Pedro Pablo Zegers
Conservador Archivo del Escritor
y Jefe de Colecciones Especiales
Biblioteca Nacional de Chile**

Conferencia realizada durante el Seminario sobre Archivos Personales, organizado por la Biblioteca Nacional de España y efectuado en Madrid entre el 26 y 28 de mayo de 2004.

Antes de entrar en materia, nos pareció apropiado hacer algo de historia, y referirnos a lo que es el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile. Esta Unidad, que hoy forma parte del Departamento de Colecciones Especiales, nace en 1968, por decisión del entonces Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional de Chile, el académico, poeta e hispanista, Roque Esteban Scarpa, quien consciente del valor de conservar la memoria de la expresión literaria de la nación, se propuso ir al rescate y a la conservación de los originales ológrafos y en otros soportes, de escritores nacionales, así como latinoamericanos y europeos según la relación que hubiesen tenido con Chile. Originales, muchos de los cuales, que luego se transformarían en obras literarias y donde pueden indagarse diversas versiones hechas por un autor antes de llegar a la publicación definitiva, dándole la posibilidad al investigador interesado en conocer "el revés de la trama" –al decir de Graham Greene- o la denominada "cocina literaria", donde es posible encontrar interesantes y reveladoras informaciones. Bajo esta filosofía se crea la Sección Archivo del Escritor.

Se inicia formalmente este archivo, con la donación de los originales de Gabriela Mistral, efectuada por Laura Rodig y Doris Dana, ambas amigas y asistentes de la poetisa, en distintos períodos; con una novela autógrafa de Eduardo Barrios; un Lexicon hebraico-latino, obra del prestigioso crítico literario Emilio Vaisse; Se trataba de la primera donación de un número aproximado a los 600 originales de Gabriela, particularmente de piezas que constituyen trabajos realizados por la maestra de Elqui entre los años 1909 a 1922. Legado, que con el correr de los años, se ha venido incrementando, hasta convertirse hoy en el fondo documental de Gabriela Mistral más importante de Chile. Pero esta es materia que ahondaremos un poco más adelante. Por ahora, continuemos con esta breve historia sobre nuestro archivo.

Junto con la recolección de los originales, el Director Scarpa creyó conveniente que el archivo podría atesorar, además de estas importantes piezas, otros materiales que hubiesen sido propiedad de los autores nacionales. Es así como se comienzan a incorporar a las colecciones del archivo, objetos tales como máquinas de escribir, lapiceros, diplomas, retratos, colecciones de dibujos, condecoraciones, entre otras piezas de gran valor patrimonial. Estos objetos, en los últimos años, han servido como apoyo para la labor de extensión que ha venido efectuando la Biblioteca Nacional, y que se han traducido en numerosas exposiciones dedicadas a difundir la vida y obra de los escritores chilenos. Además de las piezas que se han ido incorporando al Archivo, y que podríamos denominar objetos, si se me permite utilizar la expresión, museables, también se inició, tímidamente, lo que hoy constituye el archivo fotográfico, que a la fecha cuenta con aproximadamente 3.500 imágenes de los más importantes poetas, narradores, dramaturgos y ensayistas de Chile. Más tarde, se recibieron donaciones de manuscritos de Magdalena Petit, Oscar Castro, Augusto d'Halmar, Pedro Prado, Manuel Rojas, Pablo de Rokha, Jorge Teilleir. Una de las colecciones importantes es el legado de Joaquín

**Pedro Pablo Zegers, Conservador Archivo del Escritor y Jefe Colecciones Especiales
Biblioteca Nacional de Chile**



Edwards Bello, fondo que reúne la totalidad de los papeles que dejara este destacado cronista nacional. Otro legado de gran valor patrimonial es el fondo Rubén Darío, que conserva gran parte de los originales de crónicas y poesías que generó durante su estada en nuestro país el poeta nicaragüense.

Con el correr de los años, y gracias a la labor de extensión que ha venido realizando el archivo, se ha logrado que la comunidad, y particularmente los familiares y sucesiones de escritores ya fallecidos, se hayan interesado en depositar por la vía de la donación, sus colecciones a nuestro archivo. Asimismo, y con el beneplácito de las autoridades institucionales, se ha conseguido, instalar dentro del presupuesto anual de la Biblioteca Nacional, una glosa especial, destinada a la adquisición de piezas y fondos documentales, que circulan entre coleccionistas privados tanto del país como del extranjero. Gracias a esta política de desarrollo de colecciones, dentro de la cual se privilegia la incorporación de nuevas piezas a los fondos de autores consagrados, entre los que se cuentan los autores galardonados con el premio Nacional de Literatura y nuestros dos premios Nobeles, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, así como las nuevas generaciones de escritores, el archivo cuenta hoy con una cantidad aproximada a los 200.000 originales, lo que lo convierte en el archivo literario más importante de Chile, y por qué no decirlo en uno de los más completos en su género del continente.

Pero un archivo de estas características, es letra muerta, si no está al alcance tanto de especialistas así como del público general. En este sentido, hace ya algunos años, el equipo del Archivo, se propuso iniciar, en alianza con algunas editoriales, una serie de publicaciones que cumplieran con esta finalidad. Esta iniciativa, que se ha venido realizando desde hace ya algunos años, se ha materializado en una serie de libros como epistolarios, apuntes de memorias, ediciones facsimilares, etc. que han tenido una espléndida acogida de la crítica nacional así como del lector común, quien ahora tiene a su alcance, documentos que antes sólo estaban a disposición de investigadores calificados y debidamente acreditados.

Ahora bien, hecha esta breve síntesis histórica de nuestro Archivo, es momento de entrar en la materia que nos preocupa: El legado literario de Gabriela Mistral en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional. Como ya se ha enunciado, este fondo ingresa a la Biblioteca Nacional de Chile en 1965, como una donación de Doris Dana y Laura Rodig, amigas y asistentes de Gabriela Mistral, tres años antes de la creación oficial de nuestro Archivo. Se trataba de un conjunto de piezas de variadas materias, en diferentes soportes, y en un estado de conservación, por decir lo menos, precario. Este valioso legado, permaneció en custodia en distintas Unidades de la Biblioteca, hasta que se inician las tareas de ordenamiento de esta y otras donaciones y que fueron configurando los primeros fondos de que dispuso el Archivo.

El contenido de este legado, se podría clasificar como un importante conjunto de manuscritos de poesía y prosa, en su mayoría borradores, así como una gran cantidad de notas sueltas y cuadernos de apuntes, con anotaciones de pensamientos pedagógicos, semblanzas de personajes de Chile, América y Europa. Es importante destacar, dentro de estos fondos, un número no menor de cuadernos y libretas de apuntes con textos sobre religiosidad, de preferencia notas sobre orientalismo, teosofía y material de lo que hoy podríamos llamar autoayuda. Otro importante conjunto de papeles lo constituyen varios cuadernos con anotaciones de carácter autobiográficas. También forma parte de este fondo documental, un número importante de cartas enviadas, a saber copias de su correspondencia así como aquellas misivas recibidas de autores nacionales y extranjeros.



Junto con este fondo documental mistraliano, el Archivo del Escritor también conserva un importante archivo iconográfico, que reúne valiosas colecciones de fotografías de la poetisa como álbumes familiares, e imágenes de su periplo por distintas ciudades de Chile, América y Europa.

Pero ¿qué es lo verdaderamente importante de este legado? En primer lugar, que en él se concentra gran parte de la producción poética que Gabriela Mistral realiza en Chile. Entre este enorme conjunto de papeles se encuentran los borradores de casi la totalidad de sus escritos que luego incluye en su primer libro de poemas: *Desolación*, que se publica en Estados Unidos, en 1922, bajo los auspicios del Instituto de Las Españas de Nueva York, en aquel entonces dirigido por Federico de Onís. Esta su primera obra editada, la catapultó en el continente y su obra comienza a ser reconocida por el mundo hispano parlante. También es posible rescatar en este legado, valiosas notas que nos dejó la propia Gabriela, sobre temas muy íntimos de su vida, algunos de los cuales describiremos más adelante. Por ahora, nos remitiremos a uno de ellos, tal vez el más dramático, puesto que se trata de un episodio que le ocurrió a Gabriela en su infancia, en el colegio de su ciudad natal, Vicuña, donde narra con lujo de detalles, la ocasión en que fue acusada de robo de útiles escolares por su profesora de aquel tiempo, quien además era su madrina de confirmación.

“Yo repartía el papel de la escuela a las alumnas, el gobierno daba en aquel tiempo los útiles escolares. Era yo más que tímida; no tenía carácter alguno y las alumnas me cogían cuanto papel se les antojaba con lo cual la provisión se acabó a los ocho meses o antes. Cuando la directora preguntó a la clase la razón de la falta de papel, mis compañeras declararon que yo era la culpable pues ellas no habían recibido sino la justa ración. La directora, salió sin más hacia mi casa y encontró el cuerpo del delito, es decir, halló en mi cuarto una cantidad copiosísima no sólo de papel, sino de todos los útiles escolares fiscales. Habría bastado pensar que mi hermana era tan maestra de escuela como ella, y que yo tomaba de ella cuanto necesitaba.

Yo no supe defenderme; la gritería de las muchachas y la acusación para mí espantosa de la maestra madrina me aplanó y me hizo perder el sentido. Cuando doña Adelaida Olivares –que así se llamaba la profesora-, regresó con el trofeo del robo hizo con el caso una acción de moral que yo oía medio viva medio muerta. El escándalo había durado toda la tarde, despacharon las clases y todas salieron sin que nadie se diese cuenta del bulto de una niña sentada en su banco, que no podía levantarse. Al ir a barrer la sala la sirvienta que vivía en la escuela me encontró con las piernas trabadas, me llevó a su cuarto, me frotó el cuerpo y me dio una bebida caliente hasta que yo pude hablar. Faltaba algo todavía: las compañeras que se iban por mi calle me esperaban, aunque ya era la tarde caída en la plaza de Vicuña, la linda plaza con su toldo de rosas y de multiflor, era todavía primavera. Allí me recibieron con una lluvia de insultos y de piedras diciendo que nunca más irían por la calle con la ladrona. Esta tragedia ridícula hizo tal daño en mí como yo no sabría decirlo. Mi madre vino a dar explicaciones acerca de este hecho, y aunque logró convencer a mi maestra y madrina de mi inocencia, salió con la idea, por supuesto que impuesta, de que yo no tenía condiciones intelectuales de ningún género y que sólo podría aplicarme a los quehaceres domésticos”.

Por otra parte, estos documentos, nos permiten acercarnos a la intimidad de su proceso creativo, donde es posible observar los distintos estados de ánimo del poeta, así como la permanente obsesión de corregir cada uno de los textos, hasta llegar al ansiado original definitivo. De sus trabajos, es posible encontrar hasta seis o siete versiones diferentes. Uno de estos ejemplos lo constituyen sus famosos “Sonetos de la muerte”, obra con la cual concursó en Chile, en los Primeros Juegos Florales de Santiago, organizados por la Sociedad de Artistas y Autores de Chile en 1914, y donde obtiene el primer lugar. Este temprano reconocimiento nacional, fue con esos sonetos famosos, y que en nuestro archivo es posible encontrarlos, en a lo menos tres o cuatro versiones, hecho que corrobora



plenamente, lo que la propia Gabriela, años más tarde explica ante una numerosa concurrencia en los Cursos de Verano efectuados en Montevideo en 1938:

"Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa de escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí...

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borronado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles. Escribo sin prisa, generalmente, y otras con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado, cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos.

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aún así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa"

Cabe destacar también entre los documentos clasificados como poesía temprana, aquellos trabajos que son los primeros que publica Gabriel Mistral en la prensa regional bajo la firma de su nombre legal Lucila Godoy Alcayaga. Se trata de artículos que envía a los periódicos de las ciudades de La Serena, Ovalle y a La Voz de Elqui, diario de su ciudad natal, Vicuña, en el Valle de Elqui. El interés de estos escritos radica en la precocidad de su autora, así como en la perseverancia de la misma ante las críticas de columnistas de su tiempo, que veían en ella a una advenediza en un mundillo reservado sólo a quienes venían precedidos de un título o de una posición social, claramente reservado a los hombres. Sus colaboraciones se inician con "El perdón de una víctima". Se trata de la primera publicación oficial "conocida" de Lucila Godoy Alcayaga, que se convierte, así, en asidua colaboradora del periódico regional, en una sección que se denominaba "Lectura amena". Ciertamente, que estos escritos, corresponden a una principiante. Su estilo oscuro y laberíntico, corresponden a la pluma de una adolescente, carente de formación sistemática, probablemente contagiada por las lecturas de autores en boga.

En carta al Director del diario *La Voz de Elqui*, el crítico Abel Madac expresa: "He leído en su apreciable periódico algunos artículos firmados por Lucila Godoy Alcayaga, artículos que, debo confesar, no he comprendido ni por la forma ni mucho menos en el fondo; el que a mi entender no lo tiene.

...La última producción de esta escritora de fecha 9 y que lleva por título "Voces" ha venido a colmar por decirlo así mi afán por saber cuál es el origen de ese amargo pesimismo, ese lúgubre acento con que describe siempre con colores tétricos y sombríos el estado de su alma, pero todo ha sido inútil; en la forma, en el fondo de su artículo sólo se advierten frases huecas; expresiones altisonantes, llenas de énfasis, que no dicen nada a la mente, y, mucho menos al corazón; porque si debemos juzgar a la escritora por las producciones de su imaginación, ella sólo me da la idea de un cerebro desequilibrado, tal vez... por el exceso de pensar".



La réplica de Lucila Godoy no se hace esperar: "Hace un mes aproximadamente tuve el agrado de recibir una curiosa carta firmada con el seudónimo de Abel Madac, extensa, lo bastante, para dar a comprender el espíritu de quien frases tan faltas de finura y tan impetuosas, nacían.

...Con la idea de que el escritor no se debe a sí mismo sino al público que lo lee, me obliga - puedo decirlo así- a abrir mi corazón y mi vida para que sus ojos la escudriñen, y quizás para decirme después si hay razón para que mis prosas vayan escritas con tintes oscuros.

...No crea Ud. que pretendo elevar mis producciones a la altura de lo perfecto y notable que jamás tendrán, no; soy una novicia en la literatura y en la ilustración quizás pueda ser su discípula; sólo ilumino mi cerebro ofuscado por paradojas a que no encuentro origen".

El crítico vuelve a replicar y esta vez Lucila envía una nueva carta a la dirección del diario dando por terminada la polémica.

Llama la atención, en ésta, su última nota a Abel Madac, la solidez y la vehemencia con que expresa y defiende su posición frente a su arte, convencida de que su crítico no está a la altura suficiente como para guiarla o corregirla. Es más, lo increpa a que lo haga cuando él mismo haya alcanzado algún nombre en las lides literarias.

"Abel Madac, es un desconocido, un oscuro en el campo intelectual, y por lo tanto, acojo su crítica con el desprecio más grande. Sólo un superior enseña, y Ud. está muy lejos de poder hacerlo señor crítico; el puesto que ocupa en la Literatura Coquimbana, es demasiado bajo. Sobran los comentarios".

En honor a la verdad, los trabajos publicados no tienen nada de amenos. Muy por el contrario, éstos resultan confusos y atormentados, bastante alejados de lo que se podría considerar como una "lectura amena". Para muestra, basta mencionar los títulos de dichos trabajos, que se publican entre agosto de 1904 y septiembre de 1910: "El perdón de una víctima", "La muerte del poeta", "Las lágrimas de la huérfana", "Amor imposible", "Horas sombrías", "Carta íntima", etc.

Otro de los aspectos que resulta interesante destacar de la documentación para este período es el descubrimiento, en sus fuentes originales, de los distintos seudónimos que utiliza la joven Lucila Godoy Alcayaga en sus escritos. Así logramos detectar en estas publicaciones tempranas, colaboraciones firmadas bajo los seudónimos de **Soledad Alma** y el anagrama **Alguien**. Otro dato no menor, se refiere a la primera vez que utiliza su seudónimo de Gabriela Mistral. Esta información se obtuvo de un trabajo encontrado entre sus papeles y que corresponde a una colaboración enviada al diario *La Constitución* de Ovalle, ciudad del norte de Chile, ubicada en la provincia del Limarí, el 27 de octubre de 1908. Esta información, viene a refutar lo aseverado por las biografías que hasta hoy en día circulan, donde se asevera, categóricamente, que Lucila Godoy Alcayaga, utiliza por primera vez el seudónimo de Gabriela Mistral, cuando concursa en los ya citados Juegos Florales de Santiago de 1914.

Se agrega para este período, la documentación de una antología de la región de Coquimbo, donde se iba a incluir a los máximos exponentes de la poesía regional de la época. Se trata de la obra que Luis Carlos Soto Ayala publica en Santiago, en 1908, bajo el título de *Literatura Coquimbana*. Es esta la primera antología donde aparece Lucila Godoy y en una nota introductoria, Soto Ayala se expresa sobre la maestra: "Parece que la teoría de la herencia se ha cumplido en la tendencia al Arte de la señorita Godoy: su padre era artista, modesto, sin ambiciones literarias, y dotado de inspiración. En sus composiciones, que jamás publicó, se revela alma grande, enferma y triste", además del tributo y la pasión de la joven hacia la figura de Vargas Vila.



Efectivamente, a Gabriela se le acusa de ser una fervorosa lectora del colombiano José María Vargas Vila. Años más tarde nos dirá: “A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre las lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi único entrenador podrían nombrar también a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon en mis estantitos”.

El padre de Lucila Godoy, Jerónimo Godoy Villanueva, efectivamente fue lo que podríamos denominar un poeta popular, maestro de formación y andariego por vocación. La prensa regional publicó algunos de sus poemas y luego desapareció, dejando a la familia, cuando la niña Lucila sólo contaba con tres años de edad. En un texto autobiográfico, Gabriela se refiere a su padre: “Es absolutamente falso que mi padre fuese blanco puro. Mi abuela, su madre tenía un tipo bastante europeo; su marido, mi abuelo, era menos que mestizo de tipo, era bastante indígena. La afirmación no es antojadiza. En dos retratos borrosos que tengo de él, la fisonomía es cabalmente mongólica, los Godoyes del Valle del Huayco tienen, sin saberlo, tipo igual. Digo sin saberlo porque el mestizo de Chile no sabe nunca que lo es. Quienes han visto la foto de mi padre y que saben alguna cosa de tipos raciales no descartan ni por un momento que mi padre era un hombre de sangre mezclada. Él fue director de un colegio de Santiago: San Carlos Borromeo. Dibujaba muy bien y hacía versos de una índole medio clásica, medio romántica, según el gusto de la época. El original de esos versos los conserva mi hermana. Todas las gentes del valle me dieron el amor de él, porque todos lo quisieron por el encanto particular que había en su conversación y por la camaradería que daba, a quien se le acercase lo mismo a los más ricos que a los pobrecitos del valle. En mi abuela, Isabel Villanueva, a quien los curas llamaban “la teóloga” había esta misma atracción que le daba un lenguaje gracioso, criollo y tierno”.

Lucila Godoy Alcayaga comenzó a ser reconocida en la zona por sus colaboraciones en la prensa regional, pero esta pasión de escribir, le cerró las puertas de una de sus más anheladas aspiraciones: ingresar a la Escuela Normal de Preceptoras de La Serena. En uno de sus escritos para este período ella narra los sucesos de esta forma:

“Cuando yo fui echada del Liceo de La Serena mi madre y mi hermana pensaron en sacrificarme en bien mío y hacerme regresar a la Escuela Normal pues las tres habíamos visto claramente que yo no haría carrera en la enseñanza a menos de conseguir la papeleta consabida, que las gentes llaman título, palabra que quiere decir nombre pero que no nombra nada. Yo acepté e hicimos el triple esfuerzo de preparar exámenes, de obtener la fianza del caso, y de comprar el equipo de ropa. El día que mi madre fue a dejarme a la Escuela Normal la subdirectora, una gruesa señora; nos recibió en la puerta y sin oírnos y sin dar explicación alguna que le valiese y me valiese me declaró que yo no había sido admitida. Pedimos hablar con la directora y la obesa señora lo rehusó porque la directora era una norteamericana que no hablaba español. En esto no mentía, el ministerio contrataba para sus criollos algunos profesores que ignoraban la lengua. En mis andanzas por el mundo recibí una vez una invitación a su casa de esta pedagoga yanqui es lástima que no tuviese tiempo de ir para conocer a la buena mujer que me echó de la Normal chilena sin saber porqué y sin haberme visto. Pasaron muchos años y cual fatalismo del mestizo yo no averigüé porqué había sido eliminada. Cuando era profesora de Los Andes unos ocho o diez años después, recibí la versión que dio a mi jefe de mi rechazo aquella subdirectora estupenda. Ella contó a doña Fidelia Valdés –como decía mi jefa de la época-, que en un consejo de profesores de la Normal de La Serena el capellán y profesor don Luis Ignacio Munizaga, había exigido al personal que por solidaridad con él se me eliminase pues yo escribía unas composiciones paganas y podría volverme en caudillo de las alumnas. El ilustre sacerdote (que más tarde será un hombre bastante desgraciado) fue bien lúcido cuando dijo que yo era



una pagana. Todo poeta, cualquier poeta es eso o no es cosa alguna. Puede ser un cristiano de aspiración y puede ser un místico si tiene una corporalidad pobre o si va para viejo –a los dieciocho años- que era mi edad no se es sino un pagano. Cuento el incidente para decir a mis compatriotas que no me quedé sin Escuela Normal por fuerza ni por gusto y gana; la vieja chilenidad me la quitó, me dejó sin ella, me la quitó a pesar de lo dadivosa que he sido para dársela a unas tres mil mujeres más o menos.

La pérdida hoy no me duele; pero todos los maestros y los profesores que me negarían la sal y el agua en los veinte años de mi magisterio chileno y a los que tengo contados en otra parte, saben muy bien de cuánto me costó vivir una carrera docente sin la papeleta, el cartel y la rúbrica aquella”.

Otro de los aspectos notables de estos documentos, es que nos han permitido la verificación de datos, precisos sobre sus inicios en el magisterio, y que además aclaran hechos, que distintos biógrafos de la poetisa dan por certeros y que en la realidad no son tal.

“Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachotes analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil, ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás.

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen a una adolescente para enseñar en su escuela. Pero el pueblecito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la naturaleza me ha acompañado valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo parecido al coloquio. Con todo, me fui ganando un espacio y se pusieron a hacerme la vida. Por turno me traían un caballo cada domingo para que yo paseara siempre con uno de ellos. Me llevaban una especie de diezmo escolar en camotes, en pepinos, en melones, en papas, etc. Yo hacía con ellos el desgrane del maíz contándoles cuentos rusos y les oía los suyos. Ha sido ese tal vez mi mayor contacto con los campesinos después del mayor del Valle de Elqui”... -su valle natal- .

Así también es posible inferir de estos manuscritos el ideario pedagógico que Gabriela manifestó a través de sus distintos trabajos, y que dan cuenta de una verdadera vocación magisterial, de esta profesora que sólo fue reconocida como tal muchos años después, cuando ya había prácticamente terminado su recorrido por Chile, entregando toda su energía para la formación de varias generaciones de chilenas.

Gabriela Mistral apoyaba abiertamente el surgimiento de la escuela Nueva o Activa porque recomendaba una enseñanza que estaba en directa relación con la naturaleza, pero por sobre todo, lo que más le interesaba a Gabriela era que toda la infancia tuviese acceso a la educación y que fuese obligación de los adultos, de los padres el que los niños no dejarasen de ir a la escuela. Así en 1910, en un original que titula “Ventajoso canje” y que corresponde a un escrito que fue enviado a la prensa de su región natal, donde, ante las numerosas actividades que se preparaban para la celebración del primer centenario de Chile, exhortaba la joven maestra a las autoridades de la provincia, para que una de esas actividades fuese la instauración de una Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. Corresponde este al primer trabajo donde expone su postura con respecto a materias educacionales y a los cambios que según su opinión era necesario efectuar en ellas. Se debería poner especial énfasis, según Gabriela, en la instalación de escuelas en las aldeas, porque es allí donde los padres privilegian para sus hijos el trabajo físico en desmedro de la enseñanza, colaborando con esto al alto índice de analfabetos en el país.



Durante su periplo magisterial, Gabriela recorre desde Antofagasta, en el norte de Chile hasta Punta Arenas, la ciudad más austral del país, desempeñándose como profesora y directora en distintos establecimientos educacionales. Se la comisiona, generalmente, para ordenar y reorganizar los establecimientos, para calmar los ánimos en el ambiente del profesorado, o bien para emprender nuevas tareas en el plano de las reformas educacionales que se estaban efectuando en aquella época. Entre los papeles de la época, que forman parte del material pedagógico de su legado, hay numerosos documentos autobiográficos, así como correspondencia con algunas amistades, que nos permiten detectar varias de las rencillas que provocaron en el profesorado Normalista, las comisiones que, inteligentemente, las autoridades de la época le encomendaron a la educadora.

Como ya se ha dicho, el legado de Gabriela Mistral en el Archivo del Escritor, posee una gran parte de la producción literaria de Gabriela Mistral, entre los años 1909 y 1922. Es decir, desde sus primeros escritos juveniles en Vicuña y La Serena, hasta aquellos trabajos que aparecen en diarios y revistas de 1922, fecha en que la poetisa deja el país, para ir a México, y sólo retornar por cortos períodos a su patria.

En 1910, Gabriela Mistral se traslada a Santiago y allí se desempeña como maestra primaria en la Escuela de Barrancas, lo que hoy corresponde a un barrio en los suburbios de Santiago. Estando en la capital, da exámenes especiales en la escuela Normal de Preceptoras. La examinadora de la época, Brígida Walter, estando en conocimiento de las aptitudes literarias de la joven, le solicita que responda a su examen oral en verso. Lucila así lo hizo y obtiene su título de "Propietaria y Preceptora", que la capacita para desempeñarse en escuelas primarias de 4ª clase. No obtuvo el título de Normalista, por no haber hecho estudios sistemáticos. Se le reconoció sólo su práctica.

A fines de 1910, Gabriela Mistral es trasladada a la ciudad de Traiguén. Aquí sólo permanece por algunos meses, al contrario de lo que dicen la mayoría de sus biógrafos. De esta breve permanencia, a la cual Gabriela sólo se refiere como una comisión muy menor en su carrera, queda un testimonio suyo, que publica en el diario local, y que es una réplica, con algunas variantes de un trabajo publicado años antes en la provincia de Coquimbo.

En 1911, Lucila Godoy ingresa a las ligas mayores de la enseñanza del país cuando se la traslada a la ciudad de Antofagasta, en el extremo norte de Chile. Allí, en el diario *El Mercurio* se dan a conocer todos sus trabajos literarios, así como otras noticias relacionadas con su presencia en el Liceo de Niñas y lo novedoso y práctico del método de enseñanza de la educadora.

Aquí, en Antofagasta, escribe tal vez una de sus piezas literarias más enigmáticas, un cuento titulado "El rival", que aparece el 11 de octubre de 1911, en el diario *El Mercurio* de Antofagasta. Se trata de una narración breve, de carácter y factura muy diferente a los trabajos de corte infantil, que le estábamos acostumbrados a leer y que ciertamente pertenece a una de las piezas más vanguardistas que se le conocen.

Otro trabajo que llama la atención en este su período antofagastino es el que se refiere a la necesidad y el llamado que hace Lucila Godoy a los poetas y a los maestros, conminándolos a hacer cuentos y versos destinados a los niños. Se trata del texto "Cuentos (oyendo los del kindergarten)", que aparece el 14 de enero de 1912.

Siguiendo el periplo de Lucila Godoy, a través de sus papeles, nos trasladamos a Los Andes, ciudad inmersa en el Valle del Aconcagua, y en la cual se instala en 1912, para ejercer como



inspectora y profesora de castellano en el Liceo de Niñas. Ciudad con un entorno geográfico que a Gabriela Mistral siempre le resultó grato, por tratarse de uno muy similar a su querido terruño natal.

Así, encontramos en *La Aurora de Los Andes*, el primer texto relacionado con Gabriela. Se trata de una entrevista que sostuvo Ana Michelet con la poetisa y que fue publicada en este periódico el 19 de octubre de 1913. La entrevista, encabezada con el título "Justicia al mérito", deja entrever la enorme dimensión que a esas alturas había alcanzado Gabriela, donde expresa en algunos párrafos: "Yo he sido profesora desde muy joven, y mi misión me ha encaminado a rimar pensamientos de perfume evangélico, que orienten con dulzura y con firmeza a las niñas".

Ante una pregunta sobre su escritura modernista, sus ideas originales, etc., responde: "Hoy se afanan los poetas por dar una música nueva al verso, dentro de la armonía, distinta de aquella uniforme y melosa que nos tenía cansados los oídos; notas de una eufonía al parecer inarmónica, a la cual luego nos acostumbraremos. Aquella lánguida melodía del endecasílabo clásico se nos hacía ya insoportable. Esa evolución de la métrica ha formado esta nueva escuela".

Otro periódico local, *La Voz de Los Andes*, publica el 10 de diciembre de 1914, y cuyo encabezado da a conocer que se trata de una composición de la profesora del Liceo de Niñas, Srta. Lucila Godoy, recientemente premiada en un concurso de Santiago.

El 20 de diciembre de 1914, *La Aurora*, comunica: "El poeta don Víctor Domingo Silva, recitará en la celebración de los juegos florales en el Teatro Santiago, la poesía premiada de que es autor la distinguida e inspirada poetisa Srta. Lucila Godoy (Gabriela Mistral)". Ya Lucila Godoy comenzaba a ser desplazada por Gabriela Mistral y los "Sonetos de la muerte", premiados con la más alta distinción, la daban a conocer como una de las figuras más promisorias de las letras nacionales.

La tradición literaria nacional, asume que los famosos sonetos premiados ese año, son producto de la inspiración de un amor juvenil de Gabriela Mistral, que se suicida en 1909. Nos referimos a Romelio Ureta. En realidad, esta relación sí existió, y Gabriela así lo confirma. Lo que no es efectivo, es la burda trama que tejieron sus biógrafos acerca de este trágico episodio.

"A pesar de la publicidad cruda y no poco repugnante a que han llegado los biógrafos respecto de los escritores, nunca entenderé y nunca aceptaré que no se nos deje a nosotros, lo mismo que a todo ser humano, el derecho a guardar de nuestros amores cuando nos hemos puesto y que por alguna razón no dejamos allí razones de pudor, que tanto cuentan para la mujer como para el hombre. Pero se han hecho disparates tan descomunales a este respecto, que esta vez tengo que hablar y no por mí sino por la honra de un hombre muerto. Romelio Ureta no era nada parecido, ni siquiera era próximo a un tunante cuando yo le conocí. Nos encontramos en la aldea de El Molle cuando yo tenía sólo catorce años y él dieciocho. Era un mozo nada optimista ni ligero y menos un joven de sandungas; había en él mucha compostura, hasta cierta gravedad de carácter, bastante decoro. Por tener decoro se mató. Nos comprometimos a esa edad. Él no podía casarse conmigo contando con un sueldo tan pequeño como el que tenía y se fue a trabajar a unas minas no recuerdo donde. Volvió después de una ausencia larga y me pidió cuentas a propósito de murmuraciones tontas que le habían llegado sobre algún devaneo mío. Yo vivía desde que él se fue, con mi vida puesta en él, no me defendí la mitad por aquella timidez que me dejó muda aceptando mi culpa en la escuela de Vicuña y la mitad, creo que la otra mitad, por esa excesiva dignidad que me han llamado soberbia muchas veces. La queja me pareció tan injusta que pensé entonces, como pienso hoy mismo que no debía responderse y menos hacer una defensa. Por eso rompimos y las noveléricas necias tejidas en torno de este punto no son sino cosa de charlatanes. Este hombre siguió su vida y era natural que la viviese como casi todos los



hombres chilenos que no sobresalen en la temperancia. Iba a casarse y llevaba a la vez una conducta ligera que no había sido nunca la suya; se divertía demasiado y su novia parece que no lograba retenerlo. Mucho después de unos cinco años de separación nuestra yo lo encontré casualmente en Coquimbo; hablamos bastante tiempo; negó la noticia de su matrimonio y nos despedimos reconciliándonos casi sin palabras, tan cordiales como antes y con la impresión de un vínculo reanimado y definitivo. Cuántos lo han denigrado, hablando de un robo común y hasta de una estafa, no han dicho que su hermano, que era casi su padre; pues lo había criado por ser ambos huérfanos era en ese tiempo el jefe de los ferrocarriles en su zona. A cualquiera podría ocurrírsele que Romelio Ureta cogió aquel dinero pensando en restituirlo de inmediato o contando con que su hermano, ausente por unos días, se lo prestaría. Este señor era persona de situación holgada y lo quería mucho. No creo que nadie piense en arruinar su carrera por la suma infeliz que él cogió de una repartición fiscal. Parece que vino un arqueo impensado de caja: el hermano andaba en Ovalle o en otro punto de la provincia y no pudieron comunicarse de ningún modo. Romelio Ureta era hombre tan pundonoroso como para matarse, antes de sufrir vivo una vergüenza. A esta altura del tiempo y de la costumbre funcionaria, el hecho no se entiende, pues la probidad escasea más que la moneda de oro. Yo lo comprendo de haberle conocido a él y al viejo Chile. Doy cuantiosos detalles porque me irrita que se remuevan los huesos de un muerto”.

Por último, se incluye un texto sobre Gabriela Mistral del peruano Juan Parra del Riego. De él se desprende el alto grado de estima en que se tiene a la poeta chilena en los círculos intelectuales sudamericanos: "Conocía a Gabriela Mistral -nos dice- por sus producciones que he leído embebiéndome en ellas como en una fuente de inspiración purísima; deseaba conocerla personalmente y heme aquí en santa peregrinación a los pies de la poetisa divina a quien la revista 'Cervantes', la de los consagrados de las letras, parca absolutamente en elogios, llamó la genial poetisa sudamericana.

Sé que Gabriela Mistral ha sido objeto de críticas acerbas de parte de algún espíritu mezquino roído por la envidia y siento que los intelectuales chilenos no hubieran elevado su voz de protesta ofreciéndole un homenaje de desagravio a su talento excepcional. Gabriela Mistral no es comprendida en su patria y triunfará por repercusión; la gloria, la corona de laureles que ceñirá sus sienes, le será ofrecida por los que contemplan desde lejos los destellos de su fecunda imaginación”.

Nos pareció importante incluir este texto, que data de julio de 1917, porque, de alguna manera, es el fiel reflejo de lo que en realidad, pocos años después, ocurrió a Gabriela Mistral.

Es este período, entre los años 1912 y 1917, el de mayor creatividad de Gabriela Mistral, revistas literarias y de carácter misceláneo de todo el país, reciben sus colaboraciones. Concepción, Valparaíso, Santiago, Chillán, La Serena, Antofagasta, etc., son los lugares a los cuales envía sus escritos. Por otra parte, su labor pedagógica empieza a ser reconocida ampliamente. Su poesía y prosa escolar, que, según ella misma cuenta, fue escrita sólo para ser un complemento del aula, se convierten en material de antología, cuando Manuel Guzmán Maturana, las incluye en sus libros de lectura, que fueron material docente obligado de tantas generaciones.

No se debe olvidar que ya en 1914, Gabriela había conseguido su primera consagración, cuando recibe la distinción que le otorga el jurado de los Juegos Florales de Santiago. No obstante, el año anterior, a petición de Rubén Darío, en aquel entonces ya radicado en Europa, y como director de la revista *Elegancias*, Gabriela envía dos colaboraciones para la publicación. Se podría decir, que este espaldarazo del autor de *Azul*, fue, sin duda, el inicio de una carrera consagradoria en el extranjero.



Cabe mencionar que la mayoría de los trabajos de Lucila Godoy, ahora convertida en Gabriela Mistral, entre 1912 y 1917, se publican en revistas de Santiago y provincias como *Sucesos*, *Zig-Zag*, *Pacífico Magazine*, *Revista de Educación Nacional*, *Primero*, *Nueva Luz*, *Ideales*, *Figulinas*, *Familia*, *Luz y Sombra*, *Norte y Sur*, *Los Diez*, *La Silueta* y *Yo Sé Todo*, entre otras. En el extranjero, Gabriela publica, como ya lo hemos dicho, en *Elegancias*, en 1913, en París; *Nosotros*, en 1918, en Buenos Aires, y *Atlántida*, también en Buenos Aires, en fechas posteriores, colaboraciones que envía desde Punta Arenas y Temuco.

Todo el proceso anterior, es el inicio de lo que podríamos denominar la "obra gruesa" de los poemas y prosas, que años más tarde, en 1922, se incluyen en su primer libro: *Desolación*. En Punta Arenas, depura estos trabajos, y agrega otros, que realiza influenciada por el paisaje y la experiencia magallánica, territorio austral de donde, sin lugar a dudas, proviene el título del libro, que reúne estos trabajos.

Es en 1917, cuando también Lucila Godoy es antologada en la publicación que preparan Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya: *Selva Lírica*, obra que los autores inician en 1912, y terminan en 1917, donde se incluyen varios de los textos más conocidos y difundidos de la maestra. En la nota preparada por ambos autores, para introducir la selección de Lucila Godoy se lee: "La poesía de Gabriela Mistral es nerviosa y firme. No hay en ella vagidos temerosos, sensiblerías femeninas ni actitudes hieráticas. Surge de sus robustos poros la savia torrentosa de ideas macizas y profundas, reveladoras de las fuertes pasiones que encierra, y que cubre con vestiduras dignas de su abolengo".

Luego, dedican un párrafo especial a "Los sonetos de la muerte": " 'Los sonetos de la muerte' (Flor natural en los Juegos Florales de Santiago), son un grito de pasión y de dolor, de venganza y de piedad, arrancado como la venda de una herida sangrante, a su joven alma de artista, que vaciló en viriles versos acerados sus más puros sentimientos de nobleza, piedras preciosas extraídas de entre los humores del mundo y que entre sus dedos tumultuosos y finos adquieren las esplendentes proyecciones de la más bella filosofía simbolista", Finalmente, declaran que su obra es escasa -cosa que no es exacta-, pero definitiva. "Su labor, relativamente escasa pero segura y definitiva, la ha colocado, y no tememos declararlo a pesar de los orgullos que se sentirán atropellados, a la cabeza de ese grupo de seis personalidades que son los más grandes poetas que ha tenido Chile en todos sus tiempos, y que en otra ocasión señalaremos.

Es sensible, sí, que Gabriela Mistral, absorbida poderosamente por sus preocupaciones de maestra, esterilice, diluya las exquisiteces de su talento poético, en cantos y cuentos para escolares, muy bellos en realidad y de la más humanitaria índole, pero que distraen sus excelentes disposiciones para el lirismo amplio con todas sus facultades y sin imposiciones de la hora vulgar".

Es efectivo que Gabriela Mistral produjo una enorme cantidad de textos escolares, los cuales siempre separó de su trabajo esencialmente poético. Como ya lo hemos dicho, ella aseguró siempre que sus cantos y cuentos escolares, sólo tenían una finalidad; el servir de complemento para el aula.

En 1918, y gracias a la nutrida correspondencia de que disponemos, nos enteramos que don Pedro Aguirre Cerda, Ministro de Instrucción, propone el nombre de Lucila Godoy como profesora de castellano y directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas. El Presidente de la época, acongojado, le responde que desgraciadamente el cargo vacante ya estaba comprometido para Gabriela Mistral. Superado este "inconveniente", Gabriela Mistral, partía al territorio de Magallanes y comienza en él su destierro en su propia patria. La gente de Punta Arenas la recibe bien; venía precedida de algunos premios y unas cuantas publicaciones en revistas, diarios y libros; sabía que la comunidad le sería difícil; Punta Arenas tenía la mayor verticalidad en las clases, que en todas las otras ciudades en donde



se había desempeñado; por lo demás el clima de esta austral ciudad, la castigaba, alejándola cada vez más del sol de Los Andes, tan parecido al de su Elqui natal. Aquí propone numerosas realizaciones que irían en directo beneficio de los niños, entre ellas: el mentado proyecto de prolongar las clases en los meses más templados, para evitar las enfermedades que, por aquel entonces, aquejaban a los escolares de Magallanes; el promover las visitas instructivas a los recintos carcelarios y la creación de bibliotecas escolares, entre otros. Escribe y corrige mucho; se empapa de la comunidad y junto a su coterráneo, Julio Munizaga Ossandón, inician la aventura de una nueva revista para la comunidad: *Mireya*. En esta publicación, Gabriela colabora activamente, divulga sus trabajos poéticos, escribe páginas pedagógicas y participa en la sección bibliográfica. Es aquí donde surgen los últimos poemas que integran *Desolación*.

En 1920, Gabriela Mistral es trasladada a Temuco. Se le nombra profesora de castellano y Directora del Liceo de Niñas de la ciudad. La prensa regional la recibe con elogios; leemos en *La Mañana* del 30 de abril de 1920: "La acefalía del Liceo de Niñas de esta ciudad ha terminado. Ya se encuentra al frente de su dirección la aventajada educacionista y literata distinguida, señorita Lucila Godoy, más conocida en el campo de las letras por Gabriela Mistral.

...Saludamos muy cordialmente a la señorita Godoy y le deseamos que en esta ciudad encuentre el mismo ambiente de paz y de bienes que ha gozado siempre donde quiera que ha actuado en el desempeño de su nobilísima misión de educadora".

En esta ciudad, Gabriela desarrolla numerosas actividades: bregó por los más desposeídos; los obreros y los presos a quienes ofrece varias conferencias, en especial, aquellas que dicta en La Casa del Pueblo; se preocupó de la formación de sus niñas del Liceo, instaurando políticas en pro del libro, y la formación de nuevas bibliotecas. También nos deja aquí una de sus más hermosas composiciones: "Poemas de la madre", texto inspirado en el descarado trato que recibe una mujer grávida, de parte de un hombre, que Gabriela observa en una calle de Temuco.

La prensa de Temuco la reconoce y sigue su labor. Así, cuando se conoce la noticia de su próximo traslado a la capital, para asumir la dirección del recién creado Liceo de Niñas N° 6, se suceden notas de reconocimiento, incluso hasta el momento en que en la estación de la ciudad recibe los últimos homenajes, antes de abordar el tren que la lleva con destino a Santiago.

De *La Mañana* de Temuco, del 31 de mayo de 1921 recogemos un fragmento de "La última palabra", por tratarse de una nota que aparte de justificar, sobradamente su nombramiento, da a conocer aspectos de lo que fue su tarea educacional por los Liceos del país, y comprueban fehacientemente, algunos juicios que hemos esbozado:

"Una vez más queremos insistir sobre la acertada resolución del Gobierno de nombrar directora del Liceo número 6 a Gabriela Mistral, contra la cual se ha pretendido hacer valer aquello de que carece de títulos profesionales.

Con motivo de esta afirmación tan infundada se nos envía para su publicación la siguiente hermosa carta enviada por Gabriela Mistral a la distinguida educacionista que figuró como candidato para dicho cargo".

"Yo no los tengo, es cierto -le escribe Gabriela Mistral, al referirse a su título- mi pobreza no me permitió adquirirlo y este delito, que no es mío sino de la vida, me ha valido el que se me niegue, por algunos, la sal y el agua.

Yo, y otros conmigo, pensamos que un título es una 'comprobación de cultura'. Cuando esta comprobación se ha hecho de modo irredargüible, por dieciocho años de servicios y por una labor literaria, pequeña pero efectiva, se puede pedir sin que pedir sea impudicia o abuso. Usted no conoce mi vida de maestra y yo voy a resumirla en cuatro líneas porque la sé noble de toda nobleza...



Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedí ir a Magallanes dejando atrás familia y todo, a 'reorganizar' el Liceo de Punta Arenas. Un pueblo entero, desde el obrero de la Federación hasta los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi misión. El Liceo de Temuco se encontraba en un caos de luchas internas y desorden, cuando el Gobierno me mandó allá. He conseguido llevar a él paz, verdad es que todas las profesoras son tituladas.

Trabajé, años antes, en una colección de poesías escolares (y trabajo en una de cantos) para los textos de lectura que sirven en todos los colegios. Todo esto es labor escolar, no literaria.

Me dice usted en el acápite final de su tarjeta, que 'no abuse de mi gloria'. No la tengo, mi distinguida compañera. Si la tuviese, no se me negaría el derecho a vivir, porque una gloria literaria es tan digna de la consideración de un país como una gloria pedagógica, y los pueblos cultos saben estimarla como un valor real, y saben defender a quien la tiene del hambre y del destierro. No la tengo; pero he contribuido mucho a que en América no se siga creyendo que somos un país exclusiva y lamentablemente militar y minero, sino un país con sensibilidad, en el que existe el arte. Y el haber hecho esto por mi país, creo que no me hace digna de ser excluida de la vida en una ciudad culta, después de dieciocho años de martirio en provincias.

Me enterneció su párrafo sobre sus hijos. Usted no quería ir a Temuco, porque no les faltara el sol, que es la vida. Yo también tengo una compañera, una madre anciana a quien no puedo llevar a los peores climas y a quien no veo, por esto, hace cuatro años.

Estoy absolutamente de acuerdo con usted en sus merecimientos para una dirección; lo estoy desde que, cuando iba usted a ir a Arica, deseé y trabajé porque fuera a Temuco, en mi lugar. Me dolió, como en carne propia, todo cuanto sufrió usted con la anulación de su nombramiento. No sólo es usted una profesora distinguida; es una gran mujer buena, un elevado y puro corazón, y la cuento entre la gente privilegiada que ha dado mi provincia: Magallanes, Silva, Mondaca, Molina, García Guerrero, etc. Y esto no lo digo sólo en esta carta; lo he dicho en todas partes a pesar de las amarguras que para mí ha tenido la campaña por el Liceo 6.

Aunque me lo vede mi falta de título del Instituto Pedagógico, como no me lo veda mi corazón que la respeta y la quiere, me digo como siempre su compañera y la saludo muy cordialmente. Gabriela Mistral".

Con todo, Gabriela Mistral, el 14 de mayo de 1921, ya había sido nombrada directora del Liceo de Niñas N° 6 de Santiago, y emprende la retirada de Temuco, dejando a toda una ciudad conmovida por su alejamiento.

En Santiago, la polémica seguía. La recién nombrada directora es asediada por algunos de sus detractores en la prensa local. Salen en su defensa numerosos intelectuales, que publican varias páginas, llenas de elogios hacia Gabriela. Ella continúa con su labor, obviando estas acusaciones. Escribe y se dedica a su Liceo, que estando recién creado necesitaba un nombre. Gabriela propone a las autoridades el de Teresa Prats de Sarratea, por ver en ella la encarnación del heroísmo cultural. Participa en las veladas del Club de Señoras de Santiago; en asambleas de mujeres obreras, donde contó su experiencia con las Federaciones obreras de provincia: "dio a conocer la intensa e importante labor cultural que pueden desarrollar entre el pueblo las federaciones obreras y, al efecto, mostró la acción de algunas de estas instituciones, como la de Magallanes, que ella conoce mucho por haber residido algún tiempo en Punta Arenas, y de varias otras que ha visto de cerca. Recalcó en términos especiales la influencia de la mujer en la lucha antialcohólica y contra las enfermedades que minan nuestra raza, y que son problemas gravísimos que envuelven el porvenir de las generaciones futuras". (*El Mercurio*, 25 de julio de 1921).



Gabriela Mistral continúa con su trabajo intelectual, y sus notas aparecen con frecuencia en *El Mercurio* de Santiago. Le preocupan los aspectos relacionados con los personajes de la historia patria y la cultura, y les dedica hermosas páginas. Habla sobre las rondas, los pobres, los niños rusos, etc. En este período comienza a hablar sobre México y su arte, su cultura, como viendo ya próxima, la futura invitación a ese país. Finalmente la invitación se oficializa y parte de Santiago, el 22 de junio con destino a Valparaíso, para posteriormente embarcarse en el *Orcoma*, vapor que la llevaría a México. En el interin, la prensa nacional anuncia la próxima edición de su primer libro, en los Estados Unidos.

Por último, sólo algunas reflexiones. A la de luz los materiales que se observan en el Archivo, y que corresponden al período en que Gabriela trabaja en Chile, se puede aseverar que Gabriela Mistral fue, al contrario de lo que siempre han afirmado sus biógrafos, admirada y querida por sus pares chilenos. Tuvo diferencias, pero fueron menores. La intelectualidad del país siempre la valoró. Para muestra, sólo consideremos la enorme cantidad de revistas, libros y periódicos que acogieron, desinteresadamente, sus trabajos creativos y aquellos textos que dedicó como material complementario para la educación.

El conocimiento de su legado, junto con permitirnos observar la evolución de su obra literaria, también nos ha permitido seguirla en todo su recorrido por Chile. Desde aquellos primeros trabajos que envía a la prensa de su provincia natal, hasta las últimas composiciones, que desde el *Orcoma*, vapor que la trasladaba a México, envió para deleite de sus seguidores.

Otro aspecto que reviste importancia a través de la revisión de este legado, es el descubrir la temprana incorporación de Gabriela a las antologías regionales, prueba irrefutable de que se veía en su trabajo un futuro promisorio. La antología *Literatura coquimbana*, de Luis Carlos Soto Ayala, la incluye entre los mejores de Coquimbo y La Serena. Esto ocurre en 1908, cuando Lucila contaba con apenas 18 años.

Años más tarde, en 1917, *Selva Lírica*, obra que antologa a los más importantes poetas de la época, recoge varias producciones de Lucila Godoy, ahora convertida en Gabriela Mistral.

Otro importante fondo documental que se agrega al legado literario de Gabriela Mistral en el Archivo del Escritor, es de reciente data, y se refiere a parte del material documental que fue propiedad de Gabriela Mistral, y que fue descubierto en Santa Bárbara, California, por la profesora Magda Arce Fernández, chilena que permaneció varios años enseñando en la Universidad de California en dicha ciudad. La profesora Arce siempre tuvo la intención de visitar la casa donde Gabriela Mistral vivió durante tres años. Así en junio de 1965, junto con la profesora Helen Otero, quien conocía a la arrendataria de la casa en ese momento, deciden visitarla. Son recibidas por la arrendataria, y en un breve recorrido por el lugar, se percatan que la arrendataria había trasladado, probablemente por lo reducido del espacio, unos baúles al interior del garaje de la casa. Al examinar con alguna detención estos baúles, la profesora Arce notó en sus cubiertas las iniciales G.M. y el siguiente texto en inglés: "Para ser embarcado a Chile", en grandes letras pintadas de blanco. Su asombro fue mayor cuando se dio cuenta de que no estaban vacíos y de que, desde luego, pertenecían a Gabriela Mistral. Los examinó, y en esa tarea tan fascinante, pasó gran parte de la noche y la madrugada. Tal cantidad de documentos y papeles no podían ser examinados a la ligera, y pidió permiso para clasificar, leer y fichar el material. Dedicó gran parte del verano de ese año a trabajar en este legado. Así, leyó y ordenó carpetas y archivos de una documentación que abarcaba casi diez años de producción intelectual y correspondencia personal de Gabriela Mistral, que si no hubiese sido por esta afortunada visita, con toda seguridad hubiera continuado olvidada, o bien se hubiese perdido para siempre.



Magda Arce hizo una relación completa del hallazgo, inventario que se podría desglosar en los siguientes ítemes: Correspondencia recibida de escritores hispanoamericanos, españoles y de otros países, correspondencia familiar y de amistades; correspondencia con personalidades como los presidentes Pedro Aguirre Cerda, Arturo Alessandri Palma y Eduardo Frei Montalva. Entre los materiales literarios se destacan antologías de prosa hispanoamericana; antologías de poesías, ensayos, cuadernos manuscritos con poesía publicada e inédita, documentos varios, entre los que se incluyen varios testamentos, diplomas, certificados, pasaportes, retratos; medallas y condecoraciones; archivo de correspondencia sobre el Premio Nobel, mobiliario, etc.

Todo este importante hallazgo, bien pudo haber llegado a Chile, la inoperancia y la desidia de las autoridades políticas y culturales de la época, no lo permitieron. La profesora Arce se tuvo que conformar con el rescate de una pequeña parte de estos fondos y a su regreso a Chile, los trajo consigo. El resto del legado, pasó a manos de la secretaria y albacea de Gabriela Mistral, la Srta. Doris Dana quien hasta la fecha lo mantiene en custodia en la Biblioteca del Congreso de Washington.

Pocos años antes de su muerte, nuestra amiga Magda Arce nos invitó a su casa en Santiago, para comunicarnos que su voluntad era que todos los documentos del hallazgo de "la casa de Anapamú", como así acostumbraba a nombrar a estas piezas, pasaran a integrar el fondo Gabriel Mistral del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile. Gracias a este acto de gran generosidad, así como al BancoEstado de Chile, que adquirió una parte de estos materiales y los dejó en depósito en nuestro Archivo, podemos contar hoy con piezas de incalculable valor histórico y patrimonial, como originales de la correspondencia familiar; correspondencia con presidentes de Chile, documentos relativos al premio Nobel, incluida la letra de cambio por un valor de 133.000 coronas, dinero que recibió Gabriela al obtener el premio Nobel de Literatura en 1945.

En una visión muy panorámica, hemos querido darles a conocer lo que es el Legado literario de Gabriela Mistral en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile. Ciertamente, estos documentos son de un incalculable valor patrimonial para nuestro país. Pero este patrimonio, no tendría el verdadero valor que le asignamos, si no estuviese al alcance de todos los chilenos, de los investigadores, de los interesados y porqué no decirlo del público común, ese que no tiene la posibilidad de acceder a los archivos, pero que se emociona cuando ve a los personajes íconos de la cultura nacional al alcance de la mano. El Archivo del Escritor, junto con ser el encargado de custodiar y preservar el patrimonio documental literario de la nación, tiene a la vez, la importante misión de darlo a conocer, de difundirlo, y con ello ofrecer a la generaciones presentes y futuras la posibilidad de reconocer en estos autores a los más importantes exponentes de la literatura nacional. Porque estamos convencidos que el desarrollo de los pueblos, no sólo se mide por sus avances materiales, sino que también se mide por la preocupación que se le otorgue al pasado y al presente de su cultura, porque creemos firmemente, que un pueblo que crece y se aleja de sus más altos principios no puede alcanzar el progreso, porque como bien decía Gabriela Mistral: "Lo que el alma hace por el cuerpo es lo que el artista hace por su pueblo".